

¡Pero no, y mil veces no! Todavía no se ha llegado tan lejos, ni es permitido llegar, mientras vivan hombres y voz y respiración tengan. Cuanto más se aleje el mundo de Cristo, con mayor empeño debemos gritar: «En nadie, sino en Él, está la salvación». ⁽¹⁾ Sí, en nadie, sino en Él, está la salvación de la razón y de la fe; en nadie, sino en Él, está la salvación de la vida religiosa y moral; en nadie, sino en Él, está la salvación del sostenimiento y renovación de la familia, del Estado y de la sociedad.

De la mejor parte de la humanidad, y sobre todo, de la gracia de Dios, esperamos que el mundo comprenderá las señales del tiempo. Aún no está perdido todo. Aunque el mundo demuela pieza por pieza y piedra por piedra el edificio, quedará todavía la piedra fundamental que Dios ha puesto: ⁽²⁾ la fe de Cristo, la fe predicada por Cristo, la ley que Cristo instituyó, la Iglesia que Cristo Jesús, Hijo de Dios y de María, fundó hasta la consumación de los siglos. Aunque muchos lo desconozcan y desprecien, Jesús de Nazareth, Rey de los judíos, Rey de los pueblos, Rey del tiempo, es y será la base de nuestra vida social. Sobre esta base está fundado nuestro derecho; sobre ella descansa todo lo que, en el edificio de nuestra situación social, ofrece todavía alguna esperanza de duración. ⁽³⁾

Unámonos todos, pues, con los lazos de esta persuasión, á saber, que nadie puede establecer otro fundamento que el que ya está establecido: Jesucristo; ⁽⁴⁾ y animados del mismo espíritu, edifiquemos sobre Él, que es la piedra fundamental, la piedra angular, la última piedra del mundo. Entonces, Dios se acordará aún de su bondad, y renovará la promesa que hizo en otro tiempo por boca de su Profeta: «En aquel día, yo levantaré la casa de David arruinada, y cerraré los portillos de sus murallas, y levantaré sus ruinas, y todo lo edificaré como en el tiempo pasado». ⁽⁵⁾

(1) Act. Ap., IV, 12.

(2) II Tim., II, 19.

(3) Troplong, *De la influencia del Cristianismo en el derecho civil romano*, 364.

(4) I Cor., III, 11.—(5) Amós, IX, 11.

PRIMERA PARTE

ORIGEN DEL CRISTIANISMO

CONFERENCIA PRIMERA

EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO

1. Pedro en Roma.—Cuando Pedro, huyendo de sus propios compatriotas, con la librea de su pobreza en el traje y con todo su haber bajo el brazo, abriase paso por entre la multitud que en la Puerta Capena, en el cruce de la Vía Apia con la Vía Latina, dificultaba la marcha del viandante, sin duda alguna que cayeron sobre él no pocas miradas de inquietud ó de desprecio.

«Seguramente es otro *goet* oriental que viene á buscar aquí fortuna—pensarían.—¿Acaso no tenemos ya bastantes? En todas partes, los sacerdotes de Isis, de Serapis, de la gran Madre, se entregan á sus siniestras prácticas; ningún poder es capaz de acabar con sus sombrías maniobras, y ¡he aquí todavía un nuevo apóstol de una nueva religión! ¿Qué fe puede traernos? A primera vista, fácil es reconocer, por el aspecto que ofrece este extranjero, que es algo completamente distinto de lo que hasta hoy ha visto Roma. ¿Qué resultará de ello? *Videant consules!* ¿Se acabará, pues, por permitir que esos bárbaros orientales inunden por completo el Imperio y lo destruyan?»

Sí; tal era precisamente el fin que guiaba al galileo en Roma. Un gran pensamiento, un pensamiento colosal, impulsaba á aquel hombre extraño, que no contaba con otro apoyo que su bastón de peregrino. Transformar, hasta en sus últimas ramificaciones, el orden actual de cosas que

protegía una potencia gigantesca, la religión, la forma del Estado, la vida social, la familia, la moral, las costumbres; reemplazarlas por un nuevo modo de pensar y de vivir completamente diferente, y esto, no por un cambio secreto, sino públicamente y á la faz del mundo entero: Tal era su intención bien definida.

¿Era un fanático exaltado, un demagogo furioso ó un filósofo cegado por el orgullo? ¡No en manera alguna! Bastaba echar sobre él una mirada para convencerse de que tenía uno ante sí un hombre que no podía ser más pacífico, prosaico y sencillo, un hombre que, manifiestamente, no era capaz de esfuerzos intelectuales trascendentales, ni, con mayor razón todavía, de exaltación fanática ó de proyectos extravagantes. Pues bien, precisamente en esto consistía toda su fuerza, aunque sólo consideremos, á él y á sus proyectos, desde el punto de vista humano, dejando provisionalmente á un lado lo que había de sobrenatural en su conducta.

Supongamos, en efecto, que, á su entrada en Roma, se hubiese encontrado el pescador galileo con Séneca, Tito Livio ó Tácito; que hubiese trabado conversación con uno de ellos y le hubiese expuesto sus planes: ¿Qué respuesta la sabiduría humana hubiese sugerido á este hombre? Poco más ó menos, la siguiente: «Extranjero judío, tienes grandes proyectos, y, si te he comprendido bien, tu programa comprende dos partes. ¿Podrás realizar la segunda, es decir, tu intento de reemplazar el orden actual por algo nuevo y más elevado? No lo sé y no me atrevo á formular sobre ello juicio alguno. Ciertamente sé que existen antiguas profecías que predicen que en nuestros días tendrá lugar un cambio completo de cosas, y de aquí que todas las miradas se vuelvan desde hace algún tiempo al Oriente, en donde se dice que tendrá origen el movimiento renovador; ⁽¹⁾ pero que seas tú el que debe realizar esta espectáculo, he aquí lo que no veo con claridad. Porque, hablando con franqueza, no comprendo lo que quieres decir. He

(1) Tácito, *Hist.*, V, 13. Suetonio, *Vesp.*, VI. Virgilio, *Ecl.*, IV, 4 y sig.

leído muchas cosas elevadas en nuestros filósofos y en los filósofos extranjeros, pero jamás he oído una sabiduría como la tuya, que supera con mucho la esfera de mis concepciones. En cuanto á lo concerniente á la primera parte de tu empresa, debo decirte que nada contiene de imposible. Evidentemente, no puedes hablar de ello ante el pueblo ordinario; pero, en lo que á mí se refiere, he de confesarte que considero como muy fácil de arruinar esta potencia por gigantesca que sea, ya que lleva en sí el germen de la muerte. Bajo el resplandor con que brilla, no es posible encontrar por ningún lado la naturaleza sana é intacta. Pero la naturaleza sencilla y recta que noto en tu persona,—no quiero decir con esto que presenta en ti algo que me parezca superar la naturaleza—esa sola naturaleza, digo, me hace presumir que eres el hombre que se necesita para vencer esta civilización tan falsa en la mayor parte de sus afectos. Para ello se necesitará tiempo, y la ruina ó la transformación de un edificio tan potente no se realizará sin grandes tempestades; pero confieso que desearía de buen grado vivir tanto como dicen que han vivido los padres de la humanidad, para ver, después de algunos siglos, aquello en que se convertirán esta Roma y sus creaciones en la lucha cuya erupción inevitable preveo, si permaneces, á pesar de todo, constante en tus ideas».

Evidente es que esos mezquinos espíritus de la categoría de hombres vulgares que pululan siempre á millones en los grandes Estados, que esos espíritus, que no viven más que para el día, que esos espíritus, cuyo Dios supremo es el éxito presente y tangible, que esos espíritus, que juzgan de la naturaleza de una cosa por su brillo externo, hubiesen condenado como un crimen digno de muerte la sola idea de la posibilidad de una transformación. ¡Perecer semejante Estado! ¡Marchitarse una civilización como ésta! ¿Es posible imaginar algo superior á los tesoros de luz, de ciencia y de virtud que hay aquí reunidos? ¿Qué es posible inventar que ya no poseamos? ¿En qué podría superarnos jamás otra época?

Les perdonamos este lenguaje. Gente de esta calaña no es capaz de tender su mirada al porvenir, visto lo que pasa ante ellos. Si nos es lícito hacer esta observación con respecto á épocas de prosperidad relativa, con mayor razón aún puede aplicarse el hecho con relación á Roma.

2. La civilización en la época de la difusión del Cristianismo.—En realidad, el grado de civilización á que había llegado la humanidad en tiempo de los Césares era muy elevado. Por orgullosos que estemos de la nuestra, no podemos dejar de confesar que, comparados con los romanos, somos, desde muchos puntos de vista, mendigos y niños. Si la civilización y el orden exterior, si los goces de una vida refinada, pueden hacer felices á los hombres, aquellos días vieron á la humanidad muy cerca de su fin.

Sobradas causas nos invitan á detenernos algo en esto, ya que es preciso conocer las dificultades que tuvo que vencer el Cristianismo en su origen. Bueno es también que nosotros, que tenemos una idea tan exagerada de las conquistas de nuestro tiempo, demos pruebas de un poco de modestia y mesura al considerar el estado antiguo de cosas.

Pues bien, en Roma, era tal la situación, que, por muchos conceptos, la nuestra le es inferior y, en todo caso, no la supera. Poseían los romanos un sistema de gobierno maravillosamente organizado, leyes sinnúmero, tantas fuerzas militares como se deseaban, un ejército de funcionarios casi tan numeroso como el de soldados. Una policía innumerable velaba por el orden público; los mercados, las calles, los edificios, las tabernas, eran vigilados con tanto cuidado como hoy; aun las farmacias y los venenos caían bajo la acción de la policía. Había médicos para la Corte y para la ciudad; cada uno de los veinticuatro distritos tenía un médico para los pobres. (1) La policía secreta, una institución que ciertamente suscitó las más grandes dificultades á los primeros cristianos, estaba admirablemente organizada; y sabemos que vigilaba hasta los pensamien-

(1) Pauly, *Real-Encykl.*, I (2), 213 y sig.; IV, 1701; V, 538, 1801; VI, 15.

tos de los ciudadanos, (1) tanto que, como dice Tácito, «uno estaba á punto de perder el uso de la palabra y del oído». (2) Ningún hombre podía considerarse seguro contra sus agentes, (3) ni siquiera en su casa. (4) La más inocente manifestación que se producía en un lugar público de recreo, en los baños, en las peluquerías, ó en el punto más secreto, bastaba para que el vecino se revelase como polizone y arrastrase al culpable consigo. (5) De ello resultaba una circunspección maravillosa, aun en lo relativo á las cosas más inocentes, porque bien sabido era que todo tenía ojos y oídos. (6) Mas una vez habituados á semejante organización, podían llevar una vida parecida á la de la tierra de Jauja, por cuanto se sentían protegidos por aquellas medidas de precaución. Toda la ciudad se precipitaba en los teatros ó en los circos sin inquietud alguna, porque todos sabían que, durante el espectáculo, un cuerpo especial de gendarmes patrullaba para evitar que fuesen saqueadas las casas vacías. (7) Se acostaban sin temor, porque se tenía la seguridad consoladora de que una guardia nocturna (8) y un cuerpo de bomberos, (9) bien organizados, eran dueños de todo lo que podía turbar el descanso de la noche, ya de parte de los hombres, ya de los elementos.

El que sencillamente quería vivir sin cuidados, podía disponer su vida de la manera más agradable. Para ello se pintaban sólo los romanos. De todas las partes del mundo les llegaba dinero en abundancia; verdad es que la tierra estaba ya bastante despojada de sus riquezas,

(1) Capitolin., *Macrin.*, 12. Trebellius Pollio, *Claudius*, 17.

(2) Tácit., *Agric.*, 2.

(3) Séneca, *Benef.*, III, 26, 1.

(4) Spartian., *Hadrian.*, 10.

(5) Epictet., d. 4, 13, 5.

(6) Filostrato, *Apollon.*, 8, 7, 45.

(7) Suetonio, *August.*, 43.

(8) Livio, XXIX, 14, 17.

(9) Livio, IX, 46. Valer. Max., VIII, 1, 5, 6. Suetonio, *Aug.*, 30. Appian., *Bell. civ.*, V, 132. Tácito, *Ann.*, XV, 43. Plinio, *Ep.* X, 42. Séneca, *Quæst. nat.*, II, 16. Petronio, *Sat.*, 78.

pues si leemos los antiguos relatos de los tesoros que poseían los grandes Estados de otro tiempo, ⁽¹⁾ si consideramos las sumas fabulosas que la pequeña Judea había amontonado en tiempos de David y Salomón, ⁽²⁾ debemos confesar que los tesoros de que disponía el Imperio Romano indican un agotamiento progresivo de la tierra. No obstante, la cantidad de oro era todavía enorme en esta época. Los utensilios caseros más sencillo debían ser de oro, y su valor realzado por labores artísticas y piedras preciosas. ⁽³⁾ De tal modo abundaban las perlas, que se servían de ellas para abrochar los zapatos ⁽⁴⁾ y para tapizar departamentos completos. ⁽⁵⁾ Tenían los ricos galerías de cuadros, ⁽⁶⁾ y museos de estatuas, ⁽⁷⁾ y de otras obras artísticas, ⁽⁸⁾ como también colecciones de piedras preciosas. ⁽⁹⁾ Las fantasías insensatas en la demanda de los coleccionistas, unidas al refinamiento de la civilización, habían producido ya en esta época gran destreza en la falsificación, no sólo de obras maestras y de antigüedades, ⁽¹⁰⁾ sino también de piedras preciosas de toda especie, ⁽¹¹⁾ de suerte que eran precisos un estudio particular y grandes conocimientos para no equivocarse. ⁽¹²⁾

Las habitaciones respodían, naturalmente, á este refinamiento del gusto; estaban particularmente acondicionadas para el verano y para el invierno. «Nuestros caloríficos de vapor y de aire eran ya muy conocidos». ⁽¹³⁾ Los palacios y, todavía más, las villas, eran verdaderos pueblos y sobrepujaban en extensión á más de una ciudad. ⁽¹⁴⁾ En

(1) Pineda, *De rebus Salomonis*, 4, 19, 22. Herodot., II, 121, 2.

(2) III Reg., X, 27. I Paral., XXII, 14 y sig.

(3) Plinio, XXXIII, 2, 2; Cf., XVIII (3), 1.

(4) *Ibid.*, XXXVII, 6, (2), 4; 9, 53 (35), 2; 58, 1.

(5) *Ibid.*, XXXIII, 1, 1; XXXVII, 6 (2), 4. Suetonio, *Nero*, 31.

(6) Vitruv., 6, 5, 6, 8, (3, 4, 5). Stacio, *Silv.*, 2, 2, 63 y sig., 4, 6, 28 y sig.

(7) Stacio, *Silv.*, I, 3, 50 y sig. Juvenal., III, 216 y sig.

(8) Suetonio, *Cæsar*, 47. Horacio, *Sat.*, II, 3, 64.

(9) Plinio, 37, 5 (1), 1.

(10) Fedro, 5, *præf.*, 4 y sigs.

(11) Plinio, XXXVII, 75, (12), 2.

(12) *Ibid.*, XXXVII, 76 (13), 1, 2.

(13) Séneca, *Prov.*, 4, 9. *Ep.*, 90, 27. Plinio, *Ep.*, 2, 17.

(14) Séneca, *Benef.*, VII, 10, *Ep.*, 90, 43, 114, 9. Salustio, *Cat.*, 12.

muchos estaba amontonado el botín de Atenas y Pérgamo, de Samos y Mileto, de Grecia, Asia y Sicilia. ⁽¹⁾ Cada uno de ellos debía reunir todos los goces que podía ofrecer una ciudad, á fin de que su dueño pudiese disfrutar por sí sólo de todo lo que, en tiempo ordinario, la acción de conjunto de una gran muchedumbre puede únicamente realizar en materia de lujo: bibliotecas, museos artísticos, panoramas, antigüedades y rarezas, gabinetes, colecciones de armas y de astas, ⁽²⁾ hipódromos, parques y jardines con invernáculos y estufas, ⁽³⁾ lagos, fuentes, ríos, baños de toda especie, ⁽⁴⁾ juegos de agua, cascadas, surtidores, colecciones zoológicas y jardines de aclimatación, ⁽⁵⁾ estanques, ⁽⁶⁾ en los cuales se desplegaba una magnificencia inaudita, pajareras ⁽⁷⁾ y muchas otras cosas más.

Cada propietario procuraba transformar su casa en una especie de museo, amontonando en ella, menos por gusto artístico que por ostentación, obras maestras de toda especie: estatuas, cuadros, vasos murrinos, vasos de bronce. Muchos contenían tantas estatuas en sus patios y avenidas, que Juvenal habla de jardines de mármol. ⁽⁸⁾ Las ciudades no querían ser menos, y llenaban sus plazas públicas, sus calles, sus templos, de obras maestras artísticas, robadas á todos los dueños de la tierra, desde el tiempo de Mummio, que dió el ejemplo con el saqueo de Grecia. La pequeña ciudad de Volsinia contaba con 2.000 monumentos públicos ⁽⁹⁾ y Rodas con 3.000 ⁽¹⁰⁾ El templo de Delfos, que había sido saqueado diez veces, por lo cual, co-

(1) Cicerón, *Verr.*, 5, 48.

(2) Suetonio, *Augusto*, 72.

(3) Plinio, XIX, 23, (5), 1. Marcial, 8, 14, 68.

(4) Olympiodor, Thebæus, *Fragm.*, 43 (Müller, *Fragm., hist. Græc.*, IV, 67).

(5) Pauly, *Real Encykl.*, VI, 2695 y sig., 2609.

(6) Varro, *R. rust.*, III, 3, 17. Columella, VIII, 16, Plinius, IX, 79. (54), 1 y sig.

(7) Varro, *R. rust.*, III, 5 y sig. Colum., VIII, 1 y sig.

(8) Juvenal., VII, 79 v sig.

(9) Plinio, 34, 16 (7), 2.

(10) *Ibid.*, 34, 17, (7), 1.

mo dice Estrabón, era muy pobre, ⁽¹⁾ y que todavía Nerón le arrebató 500 efigies de bronce, ⁽²⁾ encerraba aún 3.000 estatuas. Lo mismo se cuenta de Atenas y Corinto. ⁽³⁾ El teatro de Scauro, que había sido construído en un mes, contenía 360 columnas y 3.000 estatuas de bronce. ⁽⁴⁾ Finalmente, había en Roma 2 colosos, 22 estatuas ecuestres gigantescas, 80 estatuas doradas de dioses y 74 de marfil, 3.785 columnas con estatuas de bronce; en junto, más de 10.000 monumentos públicos. ⁽⁵⁾

La predilección por las piedras raras, que hizo explotar canteras en los países más lejanos, provocaba igualmente al lujo más desordenado. Lo que todavía resta de mármoles—numidios, egipcios, libios, frigios, carios, proconesios—y de pórfidos y granitos, nos da una idea de la suntuosidad que debió desplegarse en las habitaciones privadas y en los templos. Pero lo que supera toda descripción es la magnificencia de los baños públicos, que Roma poseía en número de 856, á la vez que 423 templos y 1.352 fuentes. ⁽⁶⁾ En las Termas de Antonino había 1.600 asientos de mármol pulido, y en las de Diocleciano el doble. ⁽⁷⁾

En estas construcciones, así como en los teatros, en los magníficos anfiteatros y en otros edificios análogos, en la admirable red de carreteras, en los puentes, viaductos, acueductos y cloacas de que habían cubierto al mundo, en la ciencia de abrir grandiosos túneles, ⁽⁸⁾ es en donde los romanos mostraron particularmente su habilidad en el arte arquitectónico. ⁽⁹⁾ Todavía hoy vive el mundo de los restos de sus trabajos, y debe confesar con confusión que, á pesar de todos los progresos de la técnica moderna, no puede rivalizar ni con su au-

(1) Strabón, 4, 1, 13; 9, 3, 8.

(2) Pausanias, 10, 7, 1.

(3) Plinio, 34, 17 (7), 1.

(4) Plinio, 34, 17 (7), 1; 26, 24 (15), 10, 11.

(5) Forbiger, *Hellas und Rom*, I, 379; III, 278 y sig., 304 y sig. Friedländer, *Sittengesch. Roms*, (1) III, 181. Gregorovio, *Rom*, (3) I, 78 y sig.

(6) Gregorovio, *Gesch. der Stadt Rom*, (3) I, 54.

(7) Olympiodor, *loc. cit.*,

(8) *Allgem. Zeitung.*, 1895.

(9) Acilio Glabrio, *Fragm.*, 3 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 98).

dacia ni con su mecánica. ¿Qué arquitecto nos ofrecería hoy, no obstante el vapor y las máquinas que tiene á su disposición, una obra maestra como la de los arquitectos de Nerón, Severo y Céler, ⁽¹⁾ los cuales elevaron en la *casa dorada* del emperador, sobre el gran comedor, una cúpula gigantesca que giraba noche y día en torno de su eje? ⁽²⁾ El ya nombrado teatro de Emilio Scauro, que podía contener 80.000 espectadores, constaba de tres pisos; la ornamentación de la parte baja era de mármol, la del segundo piso, de cristal,—es decir, de columnas cuyas paredes de unión eran de cristal, ⁽³⁾—y la del superior de madera dorada. El edificio estaba también adornado de tan numerosos y costosos mosaicos y cuadros, que era imposible hallar otro igual. ⁽⁴⁾ Pero todavía supera Escibonio Curio á Escario, no ciertamente en esplendor, pero sí en habilidad artística y en audacia, pues construyó un teatro formado de dos partes, ó, mejor dicho, dos teatros semicirculares independientes, cada uno de los cuales podía contener 50.000 espectadores. Por la mañana se daban representaciones en los dos edificios separados, y por la tarde, se les hacía girar sobre sí mismos sin que nadie tuviese que abandonar su puesto; uníanse entonces las cuatro extremidades, y los dos teatros formaban un anfiteatro en el que se encontraban 100.000 espectadores. «¿Qué debemos admirar más aquí?—pregunta Plinio con razón.—¿El inventor ó la invención? ¿el constructor ó el autor del proyecto? ¿ó bien el pueblo ligero suspendido sobre una máquina y aplaudiendo su propio peligro de muerte?» ⁽⁵⁾

No hay duda de que los romanos fueron muy lejos, por lo menos en las cosas que hacían agradable la vida. Se comprende fácilmente que dijeran que el que no había vis-

(1) Tácito, *Annal.*, XV, 42.

(2) Sueton., *Nero*, 31.

(3) Plinio, *Ep.* 2, 17: specularibus obductis reductisque. Séneca, *Provid.*, 4, 9; *Ep.* 90, 25.

(4) Plinio, 36, 24 (15), 10 y sig.; 8 (6), 2; 64 (25), 1.

(5) Plinio, XXXVI, 24 (15), 14 y sig.